

tencia especial del cielo, sin que la oposicion pudiera buenamente contradecirlo.

Mientras algunos agentes de la reaccion conspiraban en la capital por el bárbaro interés de cumplir venganzas sangrientas, otros trabajaban por dar á la revolucion un carácter mas formal, y lo habian logrado estableciendo un centro de accion para ella, y formulando su pensamiento en un plan político. El coronel D. Diego Castrejon habia levantado una guerrilla en el Sur, y habia publicado el 11 de Setiembre en Iguala un plan revolucionario en que se desconocía al gobierno de Comonfort, se proclamaban las Bases orgánicas como constitucion de la República, y se creaba otro gobierno provisional á cuya cabeza se habia de poner el general Vega.

Parece indudable que por aquel tiempo se estableció en la capital una junta de conservadores, que se llamó *Directorio conservador central de la República*. El mas profundo misterio envolvió siempre los nombres de las personas que le componian, así como sus operaciones; pero se pudo traslucir que figuraban en él algunos ex-ministros de Santa Anna, algunos militares de los que habian tomado parte en la primera reaccion de Puebla, algunos eclesiásticos, y otras personas de las mas decididas é interesadas por un cambio político. Esta junta fué la que dirigió desde entonces todos los trabajos que se emprendieron, y todos los movimientos que se realizaron para derribar el gobierno de Comonfort; y se cree que ella hizo

que el plan de Castrejon fracasára cuando su autor dejó de existir, sin que sirviera de bandera á los reaccionarios en sus tentativas ulteriores. Castrejon murió pocos dias despues de haberle publicado, en una batalla en que el general D. Benito Haro derrotó á su gente, sin que los reaccionarios sintieran mucho su desgracia. Su plan no gustó á los hombres del Directorio, cuya rigidez é intolerancia se opusieron al llamamiento del general Vega, á quien nunca pudieron perdonar lo que habia hecho en Agosto de 1855, cuando pudiendo haber consumado una contra-revolucion en la capital con las tropas que tenia á sus órdenes, habia contemporizado al parecer con el partido triunfante. Por eso dejaron que el plan de 11 de Setiembre muriera con su autor, bien que siguieron fomentando la insurreccion del Sur, al mismo tiempo que preparaban nuevos levantamientos en otros puntos de la República, con el obgeto de distraer la atencion del gobierno, de dividir sus fuerzas, y de hacerle gastar sus escasos recursos.

Era el alma de todos estos trabajos el presbítero D. Francisco Javier Miranda, cura del Sagrario de Puebla, uno de los hombres que mas esfuerzos hicieron por el triunfo de su partido, y que mas guerra dieron al gobierno de Comonfort. Habia sido desterrado en los primeros dias del gobierno de Alvarez, pero habia vuelto disfrazado á la República á principios de 1856; y desde entonces no se pasó un dia sin que la reaccion le debiera algun pensamiento, algun paso ó alguna tentativa en perjuicio del

gobierno existente. Ya se habia dado á conocer en épocas anteriores, por la astucia con que sabia trabajar en las luchas electorales para dar el triunfo en ellas á sus amigos, y por la habilidad con que sabia dirigir una intriga parlamentaria para ganar una votacion: pero en la época de que vamos hablando, probó que nadie le igualaba en el fervor infatigable con que arreglaba los hilos de una conspiracion ó de un pronunciamiento, ni en la audacia y la tenacidad con que renovaba su tarea cada vez que veía sus planes destruidos por la vigilancia de sus contrarios. Desde que regresó á la República, vivió casi siempre en la capital, pero salió muchas veces de ella para ir á Puebla, á Guanajuato y á San Luis; y cada uno de estos viages era señalado por algun hecho tan desagradable para el gobierno como ventajoso para sus enemigos. Andaba siempre bien disfrazado, y cambiaba incesantemente de residencia en la ciudad, por cuyo motivo la policia nunca pudo aprenderle; aunque otros dicen que Comonfort no tomó empeño por haberle á las manos, porque conocia que ni con todo su poder le podria salvar de las consecuencias del odio que inspiraba.

A los esfuerzos de este eclesiástico, y de otros agentes de la reaccion que le ayudaban en su empresa, se debió que á principios de Octubre existieran ya varias guerrillas armadas, que ora corriendo por los campos, ora entrando en poblaciones indefensas, y amenazando algunas veces á ciudades de importancia, daban no poco que hacer al gobierno. Andaban por el Sur los Vicarios, uno de los

cuales fué despues de la muerte de Castrejon, el gefe de la partida que habia levantado este. Estaba en la Sierra D. Tomas Mejia, que habia vuelto á pronunciarse, no obstante la promesa que pocos meses antes habia hecho de vivir en paz; y habia reunido unos quinientos hombres con los cuales amenazaba al Estado de Querétaro y al de San Luis. Recorria los Llanos de Apan D. Ignacio Gutierrez, que habia tomado parte en la revoluciu de Ayutla, y á quien Comonfort habia hecho general: tenia unos doscientos hombres, y se le reunió poco despues la guerrilla que acaudillaba D. José Maria Cobos. Habia en fin facciones armadas en el Estado de Méjico, en el de Puebla, en el de Michoacan; y el gobierno tenia que enviar tropas á perseguirlas, dividiendo y fatigando sus fuerzas, y gastando enormes recursos en una lucha sin término, porque la mayor parte de aquellos sublevados, huyendo de la persecucion, viviendo sobre el pais, y escondiéndose donde quiera, venian á ser por su propia insignificancia invencibles.

Ninguno de ellos tenia un plan, porque el de Castrejon no llegó á popularizarse por los motivos que ya se han indicado; pero todos ellos, al pronunciarse, decian dos palabras, que fueron siempre su programa y su grito de guerra: *religion y fueros*.

Este grito arrastraba á muchas gentes sencillas, entre las cuales habian hecho mella las declamaciones de la oposicion, que pintaban á la religion perseguida por el gobier-

no; y para no dejar que se enfriara esta idea, los escritores que habian tomado á pechos el propagarla, cargaron la mano en ello con nuevo ardor en aquellos dias, diciendo que se trataba de defender las creencias religiosas contra sus enemigos; alabando á los eclesiásticos que promovian la guerra, como á unos apóstoles, y censurando á los que predicaban la paz, como á unos refractarios, entre los cuales contaban sin reserva ni disímulo al Arzobispo de Méjico.

Vióse entonces una cosa que puso el colmo á los escándalos de la época. El Arzobispo suspendió al Dean de la Iglesia Metropolitana y á otros dos canónigos de los mas respetados en el cabildo y en la ciudad, porque se habian adjudicado las casas en que vivian, haciendo uso del derecho que les daba la ley de desamortizacion. Cada uno de ellos se defendió manifestando que la adjudicacion se habia hecho, no á su nombre, sino á nombre de sus hermanas. El caso se hizo público: todo el mundo comprendió lo que habia: los periódicos liberales señalaron el hecho como una prueba de que la ley de desamortizacion no era precisamente una impiedad: los murmuradores del prelado enmudecieron, aunque en voz baja le censuraron por haber dado aquel golpe estrepitoso: y entretanto, los amigos del gobierno alabaron públicamente aquella conducta, porque era una patente demostracion de que el Arzobispo no obraba por respetos humanos. Fiel á sus juramentos, habia representado contra la ley, sin que le detuviera el temor de desagradar al gobierno; fiel á sus deberes, lo ha-

bia hecho en términos pacíficos, sin curarse del disgusto de la reaccion que queria protestas sediciosas: fiel á sus juramentos y á sus deberes, castigaba entonces á los individuos de su clero que prevaricaban, aunque la medida era un desprestigio para la ley, y un desprestigio mayor todavía para las ideas de la reaccion por las circunstancias del hecho y de las personas. Esta consecuencia y firmeza de principios merecieron el respeto y el aplauso de todos los hombres imparciales: solo el espíritu de partido lo desconoció, porque le interesaba entonces desconceptuar al Arzobispo, á causa de que no habia roto lanzas con el gobierno.

Enmedio de circunstancias tan difíciles y de tan complicadas atenciones, el Presidente encontró tiempo y espacio en su actividad para asociar su nombre á la realizacion de empresas útiles y de pensamientos patrióticos, y para atender á la defensa de la nacion fuera del círculo fatal de sus cuestiones políticas. Al mismo tiempo que luchaba con las conspiraciones de la oposicion conservadora y con las exageraciones de la oposicion revolucionaria, disponia que se organizáran en la frontera fuerzas auxiliares contra los indios bárbaros, mientras se establecian las compañías presidiales y se arreglaba el ejército para aquel servicio; levantaba en Churubusco y en Molino del Rey monumentos á la memoria de los que murieron allí en 1847 defendiendo á su patria en la guerra con los norte-americanos; y oponia un valladar á las invasiones filibusteras, nombrando al general Yañez, general-en-

gefe de las tropas de Sonora, Sinaloa y la Baja California. Yañez habia sido obgeto de general aplauso en la capital de la República, donde no se le habia visto despues de su victoria de Mazatlan, hasta que Comonfort le llamó para que formára parte de su ministerio. El 10 de Julio le habia entregado el Conde de la Cortina, en presencia del gobierno, la espada de honor que le regalaron los vecinos de Mazatlan, Sinaloa y Tepic por aquel triunfo; y despues de recibir otros testimonios del entusiasmo que su nombre escitaba, partió en Agosto para su destino, restableciendo con su presencia la seguridad y la confianza en aquellos pueblos amenazados por la estrangera codicia.

Pero lo mas notable que hubo en la conducta de Comonfort, durante aquella temporada de afanes y de pesadumbres para su gobierno, fué la inalterable constancia con que siguió empeñado en realizar su pensamiento conciliador, no obstante los motivos que tuvo para abandonar su sistema de moderacion y de templanza. Mientras que los ataques de sus enemigos llegaban al mas alto grado de acritud y aun de furor, no solo no se le vió un arrebato de ira ni se le oyó una palabra descompuesta, sino que los disculpaba muchas veces delante de las personas que mas ponderaban su injusticia. Echáronse de ver estos sentimientos en la generosa intencion con que respetó siempre el asilo de los que por temor de persecuciones, ó porque estaban fuera de la ley, vivian ocultos en la capital; y no menos lo demostró la dulzura con que recibió á los capitulados de Puebla que quisieron yerle,

para obtener alguna gracia ó alguna excepcion en la pena que sufrían.

Entre las personas que le hablaron entonces, fué una el coronel D. Joaquin Orihuela, no sabemos con que obgeto. Vivió este gefe durante algun tiempo en la Villa de Guadalupe, despues de la capitulacion de Puebla, en la cual estaba comprendido; y un dia de los últimos de Setiembre ó de los primeros de Octubre, fué á ver al Presidente al Palacio de Tacubaya. En aquella entrevista, Orihuela hubo de quedar prendado de las afables maneras y de los términos bondadosos con que Comonfort le trataba; y fuera por este motivo ó por cualquiera otro, manifestó terminantemente que él estaba resuelto á vivir tranquilo en su residencia de Guadalupe, sin meterse en ninguna cuestion política, ni tomar parte en ningun movimiento revolucionario.

Precisamente cuando esto pasaba, empezaban los pronunciamientos que agitaron á la República durante aquellos dos meses, y que llegaron á ser formidables á mediados de Octubre. Todas las guerrillas se movieron al mismo tiempo en diferentes direcciones. Mejía entró en Querétaro el 13 de aquel mes, á la cabeza de mas de 500 hombres, despues de un combate en que pereció el anciano general D. Blas Magaña, comandante general del Estado, que por haber dado casi toda su guarnicion para custodiar una conducta de caudales que iba para la capital, se habia quedado con un puñado de hombres, al frente de

los cuales hizo heroica resistencia. Sin encontrar ninguna, entró Gutierrez pocos dias despues en Pachuca y en Tulanzingo, donde se hizo de recursos, y engrosó su guerrilla con la gente que le siguió de aquellos pueblos y de otros de los Llanos de Apan. La misma actividad se notó en los pronunciados de todas partes, conociéndose claramente que aquello era el resultado de una vasta combinacion que habian organizado los enemigos del gobierno para atacarle á un tiempo mismo por diferentes puntos, cuando tenia repartidas sus fuerzas en el Norte contra Vidaurri, en el Sur contra los Vicarios, y en el centro contra las pequeñas guerrillas que como por encanto habian aparecido en todas direcciones. Y para que no quedára duda de que era un plan bien urdido el que movia toda aquella máquina de sublevaciones y pronunciamientos, la ciudad de Puebla amaneció el 20 de Octubre en poder de los rebeldes, presas sus autoridades, y pronunciadas contra el gobierno casi todas las tropas que la guarnecian.

CAPITULO SESTO.

Segunda reaccion de Puebla.—Orihuela y Miramon.—El general García Conde.—Su prision y su libertad.—Pormenores de la conspiracion.—Crítica situacion del gobierno.—Falta de recursos.—Actividad del Presidente.—Sitio de Puebla.—Planes de la reaccion.—Notable comunicacion de Lafragua.—Impresion que causó.—Arreglo de la cuestion inglesa.—Sacrificio necesario.—Arreglo de la cuestion de Coahuila.—Convenio con Vidaurri.—Prestigio del Presidente.—Regresan las tropas á San Luis.—Continúa el sitio de Puebla.—Horrores de la lucha.—Abuso de la religion.—Dos pastorales.—Situacion de los sitiados á fines de Noviembre.—Aparece Osollo en los Llanos de Apan.—Sus cualidades.—Muévase sobre Puebla.—Peligrosa situacion del gobierno.—Estado de sus tropas.—Orden para tomar la ciudad.—Orihuela y Miramon se ocultan.—Capitulacion.—Los sitiadores ocupan la plaza.—Efecto que produjo este acontecimiento.—Disgusto del congreso contra la capitulacion.—Rumores sobre ella.—Es violada por muchos de los sitiados.—Bando del general Moreno con este motivo.—Salen tropas en persecucion de Osollo.—Prision y muerte de Orihuela.—Impresion que hizo en Comonfort.—Lo que dice él mismo sobre esto.—Víctimas de la reaccion.—Ataca Vicario á Cuernavaca, y es rechazado.—Osollo sobre Orizaba y Córdoba.—Derrota de Coscomatepec.—Ultima dispersion de los rebeldes.—Prision de Gutierrez.—Pronunciamiento de San Luis.—Nuevas dificultades.—Asesinatos de San Vicente.—Medidas del gobierno.—Consternacion en el Sur.—La oposicion revolucionaria en el congreso.—Renuncia de Lerdo.—Rumores sobre golpe de Estado.—Comonfort en medio de las facciones.

El caudillo de la segunda reaccion de Puebla fué el coronel D. Joaquin Orihuela, con quien habian podido